

de aquella mujer peligrosa, de la cual había conseguido su esposa alejarle, y que había vuelto á encontrar en aquella máscara desconocida.

## XXIV

La señora de Roizel se vió obligada á confesarse luégo, que entregada á sus propias fuerzas, la sería muy difícil alejar á Lucrecia de su esposo, y combatir victoriosamente con ella. Recordó al mismo tiempo que tenía un poderoso protector que la tenía mucho cariño, y que en la situación grave en que se encontraba no la negaría su concurso. Era el señor de L..., ministro que había sido y entonces senador, y de los influyentes, si es permitido

expresarse así, muy atendido por el gabinete, y que gozaba en las Tullerías de una influencia incontestable. Había sido tutor de la baronesa, que se quedó huérfana á los doce años, y más tarde testigo de su boda.

Olvidábase hacía tiempo de aquel antiguo amigo de su familia, no por ingratitude, no por olvido, sino por delicadeza y por honradez. El hijo del señor de L..., auditor en el Consejo de Estado, tendría de veintiocho á treinta años de edad, y la había hecho el amor cuando era soltera. Prefirió al barón á él, y creyó desde entonces era deber suyo evitar toda ocasión de encontrarse con el compañero de su primera juventud. Hoy ya podía volverle á ver sin peligro: ya se había olvidado de ella. Además, no iba á su casa, sino á la de su padre, y á éste era á quien pediría consejos y apoyo.

A las diez de la mañana, cuando el barón, cansado por causa de aquella noche que había pasado en blanco, dormía aún, su esposa se dirigió á casa de su antiguo tutor, á quien había anunciado su deseo en unas cuantas líneas escritas apresuradamente.

Después de haber prestado la atención debida á las confidencias de su pupila, su tutor la felicitó por haberse abstenido de hacer saber al barón que se hallaba al corriente de su conducta.

—Hubiese tenido derecho—le dijo—á haceros los más vivos reproches sobre el espionaje á que os habéis dedicado. Si lo hubieseis hecho á la luz del día, en vuestra casa, en una reunión, no podría decir nada; pero de noche, en mala compañía, en un sitio de tan mala fama, es muy diferente. Aprovecharía la falta que habíais cometido para dar otro giro á la cuestión

y echar sobre vos la responsabilidad y los cargos. De fiscal os convertiríais en reo; sería preciso defenderos, cuando no erais vos la culpable. Conozco hace tiempo á vuestro marido; he tenido asuntos con él á causa de los empleos que ha desempeñado en estos últimos tiempos. Es hombre muy fino, muy hábil y algo vengativo. Perdonadme que os dé mi opinión de un modo tan franco, pero puede serviros alguna vez. Además, que no digo nada malo de vuestro esposo: la finura y la habilidad no son defectos.

—En fin, ¿qué me aconsejáis?—preguntó bruscamente la baronesa, demasiado nerviosa para oír con tranquilidad al señor de L...

—Que continuéis fingiendo la más completa ignorancia.

—¿Y qué más?

—¿Cómo?

—Si la vuelve á ver, si se hace su amante, ¿he de continuar callando?

—Haremos que no la vea.

—¿Y cómo lo impediremos? Si no digo nada, si no me quejo, si hago como que lo ignoro todo, la impunidad de que goza le hará que se atreva á todo.

—A no ser que desaparezca la señora Vitel, como á vos se os ha ocurrido; una gran idea por cierto, la única verdaderamente práctica.

—¿Y creéis posible esa desaparición?

—Por completo.

—Y os encargaríais vos...

—Sin duda. ¿No era el favor que queríais pedirme?

—Venía en busca de un consejo.

—Sí... pero esperábais esto—respondió el hombre de Estado sonriendo.—Y si yo no os lo hubiese dado, vos me lo habríais pedido, y eso es lo que he querido

evitar. No tenéis que ocuparos de eso. Nadie debe saber que habéis estado esta noche en el baile de la Ópera, ni que habéis venido á visitarme. Volveos á casa lo más pronto posible; tratad de estar con vuestro marido amable como siempre, y yo me encargo de lo demás.

—¡Os doy las gracias de todo corazón!—dijo.—Mi dicha depende de vos, ¡si es que puedo volver á ser feliz!

—¿Por qué no lo habéis de ser?

—¿Cómo tener confianza en él? ¿Cómo quererle ya?

—De seguro. Una mujer honrada no rompe tan fácilmente su ídolo. Olvidaréis pronto la pasada noche y no os acordaréis más que de los largos y hermosos días que la han precedido.

Gastón de L... entró de improviso en casa de su padre, que creía encontrar solo en su gabinete, é interrumpió su en-

trevista. El joven auditor se puso pálido al encontrarse frente á frente de la que había amado, y aún amaba tal vez. La baronesa también sintió ruborizarse, y algún dulce recuerdo del pasado vino á refrescar su corazón, turbado y ulcerado desde la víspera.

Cuando se quedó solo el señor de L... se ocupó sin más tardar de su pupila, á la que tenía mucho cariño. Se dirigió á las Tullerías á casa de un íntimo amigo, muy conocido en París, y á quien las delicadas funciones que desempeñaba cerca de su soberano daban inmenso poder. Era, seguramente, el personaje que estaba en mejores condiciones de ser útil á la baronesa y de desembarazarla, sin ruido y en un decir Jesús, de su rival.

El ex-ministro y su amigo, que era tan influyente, en su género, como la mayor parte de los ministros, se entendieron

para hacer que desterrasen momentáneamente de París á los señores de Vitel. La conducta de esos dos ricos de repente, los rumores, más ó menos calumniosos, esparcidos acerca de ellos, el estado civil de Lucrecia Vitel, nacida en Venecia, de padre y madre italianos, animaban á atreverse á cometer con ellos un abuso de autoridad. Sabido es que la opinión pública no era favorable á los dos esposos, y que la prensa no se atrevería á defenderles.

Dióse, pues, á la señora Vitel, el lunes por la mañana, el consejo semi-gubernativo de salir de París en el más breve tiempo posible, atravesar la frontera, lo cual tenía costumbre de hacer con frecuencia, y no volver á Francia hasta nuevo aviso.

El asombro de Lucrecia fué inmenso; su cólera, ó más bien su rabia, corría parejas con su extrañeza. ¿Qué significaba

aquel rigor? ¿Con qué derecho se atrevían á tratarla con tal severidad? ¿Estaba fuera de la ley? ¿Había perdido sus derechos de ciudadana? Había nacido en Venecia, es cierto, pero estaba casada con un francés y debía ser protegida por las leyes francesas. La trataban como á las mujeres públicas, á las cuales se les aplica, en nombre de la moralidad, reglamentos especiales. ¿Qué ofensa había ella hecho á la moral? Protestaría por medio de los periódicos contra aquella violación de derecho; se dirigiría á sus amigos, bastante poderosos é influyentes para defenderla.

Aquellas quejas conmovieron muy poco á la persona delante de la cual las formulaba. Era un agente de segunda clase, encargado de dar una orden verbal, porque cuando un funcionario del Estado comete alguna arbitrariedad, no escribe, da órdenes de palabra. Al que habían

dado el encargo de ir á casa de la señora Vitel no tenía comunicación por escrito con la cual pudiera combatir las protestas de la persona objeto de las órdenes de que era portador.

Debía transmitir las sencillamente, y, en caso necesario, ejecutarlas. Pero el lujo, la distinción, la belleza de Lucrecia, le causaron efecto. Con su olfato de policía, comprendió que sus jefes se excedían de sus deberes: vendría, tarde ó temprano, la reacción en favor de la que se sacrificaba á alguna influencia elevada, y era bueno ponerla de su parte, y si fuese preciso, tener en ella una protectora.

Permitióse, pues, hablar con ella amistosa, fraternalmente; la aconsejó que dejase pasar el chubasco, que saliese de París sin ruido, como si se tratase de un viaje de recreo, y que se valiese de sus relaciones para volver con la cabeza le-

vantada y con todos los honores de la guerra.

El consejo produjo saludable impresión en la señora Vitel. La entrevista que tuvo pocos momentos después con Carmen acabó de convencerla y decidirla á seguir los consejos que la había dado el empleado de la Prefectura.

## XXV

—¿No sabéis lo que me ocurre?—dijo Lucrecia al ver á Carmen;—que mis enemigos, ó más bien, los nuestros, puesto que hacéis causa común conmigo, triunfan en toda la línea, han pedido y obtenido mi destierro; acaban de darme orden de salir de Francia.

—No me extraña—dijo Carmen sin

inmutarse;—presentía algo de eso, y si me veis tan temprano en vuestra casa, contra mi costumbre, es porque había adivinado el peligro.

—¿Qué habéis sabido por vuestra parte?

—¿Qué queréis decir?

—¿No sabéis de dónde procede el golpe que he recibido?

—De algún enemigo.

—Evidentemente. ¿Pero de cuál de ellos?

—No lo sé. ¡Tenemos tantos!

—Pues buscad.

—Quizás de la marquesa de Tourves, que ha vuelto de los baños.

—No, la marquesa está anonadada, no tenéis que temer nada de ella. Es un asunto terminado; el otro, el que está en vías de ejecución.

—¿Cuál otro?

—El de la baronesa de Roizel. Me pa-

rece que os habéis ocupado de ella la noche anterior para que os hayáis olvidado de ella tan por completo.

—No puede desconfiar de nada ella... Su mismo marido no sabe quién soy yo.

—Acaso la mujer esté más instruída. ¿Habéis notado que desde que salimos del baile nos han seguido?

—No; ¿quién?

—Dos dominós.

—No los he visto.

—Pues yo lo noté desde que subisteis á buscarme. Os seguían, sin duda, hacía largo rato.

—¿Por qué no me lo habéis advertido?

—No estaba completamente segura de ello. Salimos del baile, y los dominós han seguido nuestros pasos con mucha destreza, les hago esa justicia. Subimos al coche y ellos tomaron otro, y el suyo ha seguido el mismo camino que nosotras. Cuando

hicimos alto, se detuvo también. Os dejé al pie de la escalera y me marché en el mismo coche que nos conducía. Entonces se invirtieron los papeles, ya no era mi coche el seguido, era el de los dominós, que me había tomado bastante delantera, y á quien alcancé al momento. ¿Sabéis dónde ha dejado á sus parroquianas? Delante de la casa del barón de Roizel. Era ella misma, acompañada de alguna amiga ó de su doncella, quien desde que entrasteis en el teatro había estado observando todas vuestras acciones.

—¿Estáis segura de lo que decís?

—Por completo.

—¿Por qué no habéis venido antes á decírmelo?

—Por ser ayer domingo—respondió con gran descaro Carmen.—Richard, de quien ya os he hablado, estaba libre, y le he dedicado todo el tiempo. Qué queréis,

de día en día me hace olvidar más á Didier de Prades, y yo... no busco más que ese olvido.

—Creía—dijo Lucrecia—que por coquetería tendríais con ese joven las citas de noche.

—Exceptuando los domingos, en invierno, cuando anochece á las cinco. Entonces puedo verle sin peligro para mí, y sin que él pierda las ilusiones.

—Deberíais haberme dado noticias por la mañana temprano de tan importante descubrimiento.

—Pudiera contestar que, cansada de la noche del baile, no me he despertado hasta la hora afortunada de mi cita. ¿Os figuráis que voy á dar lecciones toda la semana para ganarme la vida y el domingo ha de ser lo mismo?... Pero esa respuesta sería falsa, faltaría á la verdad. Después de descansar cuatro ó cinco horas lo más,

me presenté á las diez en casa de la señora de Roizel, donde, en calidad de profesora, tengo entrada á todas horas. Había pensado proponerla dar su lección el domingo en vez del lunes. Me lo concedió sin vacilar, como yo esperaba, y tuve ocasión de estudiar su fisonomía, alterada por los sucesos ocurridos el día antes. Era evidente que la pobre baronesa había dormido menos que yo, y que los celos y la cólera habían hecho en su cara el estrago natural.

No sólo me dejaba marchar por no estar en disposición de dar lecciones de español ni de portugués, sino porque según me dijo, iba á salir... ¡Un domingo de invierno, á las diez de la mañana, salir una mujer rica, elegante! Apenas yo me permitiría salir tan temprano. Algo oculto había en ella. Saludé, bajé, me metí en un coche... ¡Cuánto dinero, Dios mío,

me cuesta ser curiosa!... y esperé. Francamente, la baronesa no podía quejarse: ya que me siguió el día anterior, tenía yo derecho á seguirla... Al cabo de un cuarto de hora subió, delante de mí, en un coche de alquiler, que se detuvo al poco rato... ¿á que no adivináis dónde?... A la puerta del hotel del señor L... ¿Comprendéis ya?...

—Perfectamente—respondió Lucrecia, que no había perdido ni una palabra de la narración;—siempre el mismo sistema: una vez hace que me despidan del hotel en que vivía en Niza, porque tenía miedo que la quitase el amor de su marido. En el teatro Italiano, y por su influencia, no me quisieron dar el palco inmediato al que ella tenía. En Trouville, en casa de vuestro padre, quiso también que no me admitiesen, y como me puse en guardia, se tuvo ella que marchar de allí. Ahora

mismo, porque está celosa, es de mi propia morada de París, de Francia, de donde me hace desterrar, valiéndose para ello de la policía. ¡Porque ella se queja, me tratan como á una mujer pública! ¿Es que acaso he muerto? ¿No soy nada en el mundo? ¡Conque no se tiene en cuenta mi estado civil! Por más que estoy casada, no se tiene en cuenta; se rasgan todos los contratos; se me juzga y se me condena; se me castiga sin oirme, ¡porque la señora de Roizel, que está bien relacionada con la corte, porque la protegen de arriba, me hace el honor de temerme!

La cólera de Lucrecia se parecía á la que sintió Carmen en Trouville, al verse despreciada por Didier de Prades. Se manifestaba por los mismos gestos, idénticas voces, y muchas veces, hasta por iguales palabras. Pálida, agitada, convulsa, recorría su estancia á grandes pasos, y diri-

giéndose á Carmen, la dijo cara á cara estas frases incorrectas:

—¡Ah! ¡había emprendido el asunto del barón sin otro objeto que vengar á mi marido!... Creía que en cuanto acabase el Carnaval, no iría más allá, y me contentaría con la turbación que produciría en su corazón, bastante estúpido para enamorarse de mí... Pero su mujer se mezcla en ello... á quien yo no quería mal... me ataca y me ofende empleando las armas peores... Pues sí, lo juro, que no descansaré hasta que me vengue de ella, y la devuelva centuplicado el daño que me hace... No sólo la causaré perjuicio á ella, sino á ese señor L..., que es cómplice suyo. Yo haré ver á esos poderosos de hoy, que no se juega impunemente con una mujer como yo, que soy más hábil, más fuerte y más poderosa que ellos.

Detúvose entonces, y uniéndose con

Carmen, la dijo con voz que se había hecho dulce y tranquila como por encanto:

—Ahora me veréis hacer mis preparativos de viaje; esta noche á las ocho tomo el tren expreso de Marsella, y estaré en Venecia dentro de cinco días; pero... estad segura de ello... no me tendrá mi patria mucho tiempo en su seno.

## XXVI

Como había dicho Lucrecia al marcharse de París, no tardó mucho en volver. Obedeció sin protesta de ninguna especie las órdenes de la policía. Creyóse que emprendía de repente uno de esos viajes suyos que tanto daban que hacer á todos, porque no habían podido comprender la causa que los motivaba. En el Bos-